

AÑOS DE COLEGIO

Ilustra: PEPI SANCHEZ

(Del libro VISPERA DEL ODIÓ)

Bien chica me mandó mi madre al convento que estaba en el pueblo cabeza de partido. En nuestro pueblo había convento, pero no era colegio. Allí todo el día rezábamos o hacíamos labores o estudiábamos en los libros que nos daban, pero con sosiego, nadie gritaba. Había muchachas de mi pueblo y de otros pueblos; las mandaban a educarse y después volvían a sus casas a hacerse cargo de los gañanes y de las ordeñas, así es que no les servía de nada tanto primor como aprendían. Algunas eran, como nosotras, hijas de familia y herederas, cuidadas de la casa, y esperando a casarse y nada más.

Con estas compañeras del colegio no tuve yo amistad; todas eran como envidiosas, ansiosas de ver quién era más rica que las otras y quién se iba a casar mejor. Con las monjas me llevé bien y ellas se entendieron bien conmigo. Ya que fui un poco mayor me hicieron sacristana para ayudar a la hermana Benjamina, y me pasaba el tiempo con ella en la sacristía preparando todo lo de la iglesia.

El convento parecía triste, pero no era triste. Algunas salas tenían las ventanas altas, con rejas, y en los claustros hacía mucho frío. En la sala de labor, que era donde estábamos más horas, las ventanas no tenían rejas y daban al patito de recreo. En todas las salas había su altar con un santo distinto en cada sala y yo estaba también encargada de arreglar aquellos altares. Cuando no nos dejaban hablar, en el refectorio y en la labor, nos leían vidas de santos y de mártires. Otras chicas decían que se aburrían de oírlas. Yo no.

Al principio dormía yo en el dormitorio general, que era muy grande, con todas las camas en fila; los lavabos también estaban en fila, en otra habitación, con las pilas una al lado de la otra sobre un mármol. Aquello no me gustaba. Una vez me puse enferma, cuando estaba llena la enfermería, porque había epidemia de gripe, y me llevaron a una celda aparte, al lado de la hermana Engracia, que era la que vigilaba de noche. Después me dejaron allí. La celda tenía rejas, pero entraba mucho sol, cuando había sol, y pasaban por delante volando los pájaros, porque estaba encima de la huerta, al lado de un árbol. Tenía yo allí dos macetas. También tenía un palanganero con jofaina de esmalte blanco y azul tan grande como no vi otra.

Los jueves, si hacía buen tiempo o cuando había función solemne en la iglesia colegiata, nos sacaban del colegio; íbamos todas en fila, con cuatro monjas, y aquello era lo que más les gustaba a las otras chicas. A mí, no. Yo le pedía a la hermana Benjamina que me dejase quedar ayudándola, en el jardín, o en la sacristía. Había un jardín, además del patio de recreo. El patio era muy grande, rodeado de muros altos cubiertos de hiedra; en unos sitios estaba enlosado y en otros tenía yerba. El jardín era sólo de las monjas, y después del jardín había huerta plantada de muchas cosas. No eran clausura el jardín ni la huerta, pero las otras internas no podían entrar. A mí me dejaba entrar la hermana Benjamina.

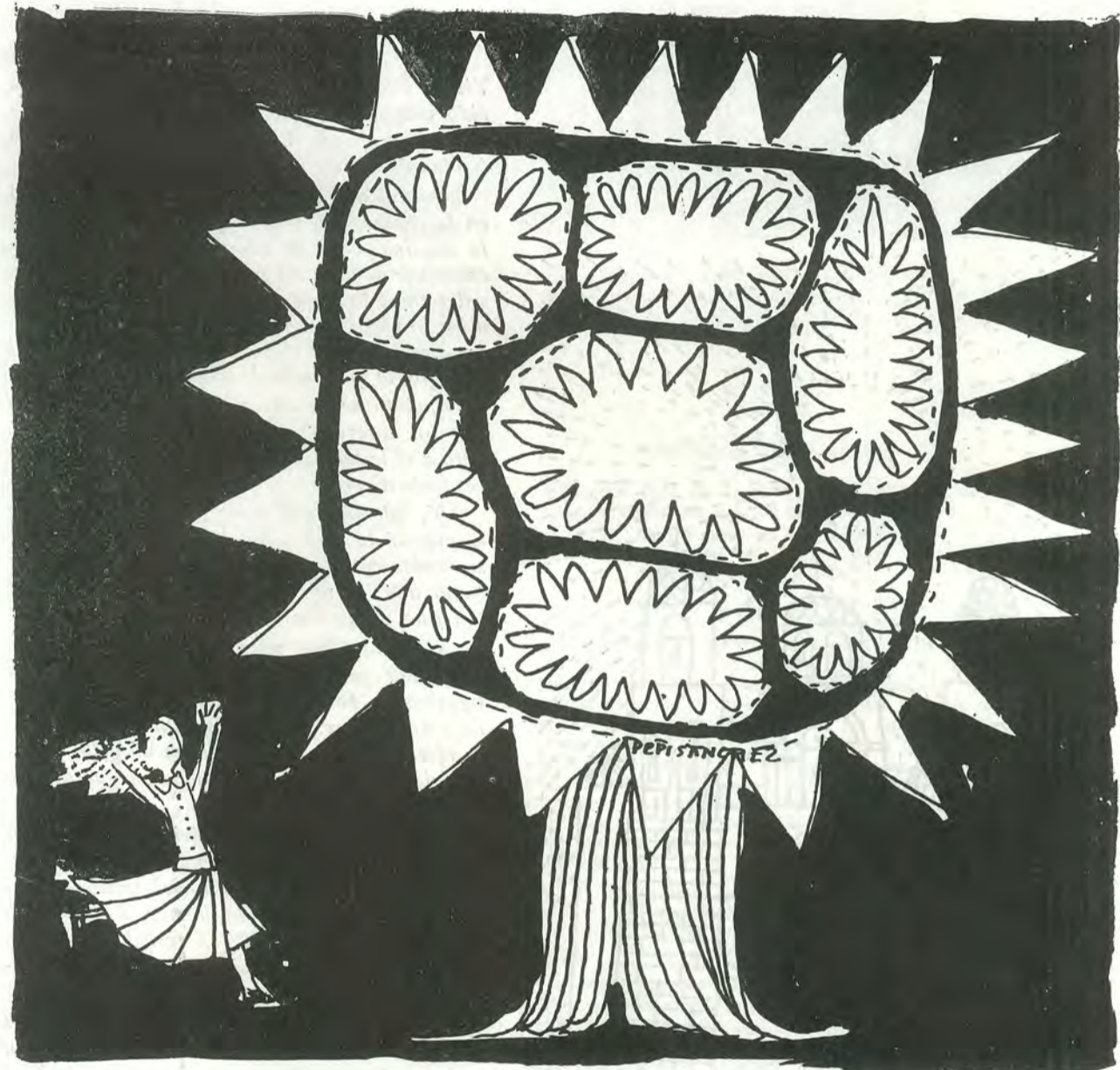
Con esto, todas empezaron a decir que yo me haría monja. Yo no lo pensaba, pero estaba mejor con las monjas que con ellas. Eran hijas de gente rica de los pueblos. De sus casas no hacían más que mandarles todo lo que se podían tragar, y pagaban para que en el colegio les diesen extraordinarios, porque en aquellos pueblos enseñar una hija delgada es una vergüenza; así que no pensaban más que en comer y en sus chismes. No eran malas, las que estaban conmigo, ni buenas; eran aburridas. Las monjas me parecían a mí mucho más alegres. La hermana Sacramento, que era de la Rioja, me decía:

—Mal te va a ir a ti en el pueblo, chiquita, que tú te entiendes mal con esa gente.

Y tenía razón; mal me había de ir.

A mí también mi madre, para no ser menos, porque sus hijas quería que siempre estuviesen en primer lugar y que su casa quedase como la primera, me mandaba cajones con cosas de la matanza que se hacía en la casa y con conservas de frutas, y miel, y a las monjas buenos regalos. Yo lo dejaba todo a las monjas para que dispusiesen; con lo que daban de comer a sus horas tenía yo de sobra. Me veían de tan buen entender con ellas, que me hacían un trato distinto al de las demás.

Esta fue mi vida en los años que pasé allí. Viví en paz, sobre todo. Aprendí muchas cosas, muchas ora-



ciones y servicios de la iglesia; a hacer flores de papel y de tela, a tejer de aguja y de gancho y labores de bordados; aprendí versos, que sabía de memoria, y también lecciones de los libros. Pero lo que más me gustó y lo que más me ocupó fue mi oficio de sacristana.

Cuántas horas, tardes enteras, pasé con la hermana Benjamina, almidonando y planchando manteles y ornamentos, y guardándolos en aquellos cajones grandes que daba gloria verlos llenos de la blancura del lino y del brillo de las casullas. Cuántas horas lavando y puliendo floreros y candeleros, escogiendo las flores, reponiendo los cirios, adornando los altares. La hermana Benjamina confiaba en mí para todo: yo preparaba las vestiduras para la misa, los ornamentos y el incensario si había reserva; yo cuidaba de las vinageras; yo cuidaba del monaguillo, de que estuviese arreglado, de que llevase bien atadas las botas, no se fuese a pisar los cordones como le pasó una vez al cambiar el libro durante la misa. Yo estaba atenta a todo. ¡Cuántas horas pasé en aquella sacristía toda olorosa a cera, a incienso y a flores!

Una vez a la semana limpiábamos los altares y las imágenes. Todo lo que era tocar las imágenes la hermana Benjamina lo quería hacer ella y sólo me dejaba ayudarla a mí. Yo lavaba y almidonaba la ropa del

Niño Jesús de Praga que estaba en su altarcito debajo de un fanal, al lado del presbiterio, todo vestido de bordados y encajes; yo le sostenía a la hermana Benjamina la palangana, la esponja y las bayetas con que limpiaba y frotaba el cuerpo y las túnicas de otras imágenes que no llevaban ropa de tela.

Había un San Miguel grande, guerrero, colocado en lo alto sobre una columna. Estaba cubierto con una armadura abierta sobre el pecho y por una faldilla corta a la altura de los muslos. La hermana Benjamina se subía a una escalerilla, con la esponja y las bayetas, y lavaba y bruñía los oros de la armadura, y el pelo, también de oro, que le caía sobre los hombros, y el cuerpo desnudo hasta que brillaba la piel como si fuese la piel de un cuerpo vivo. Le bruñía los muslos, los brazos y el pecho cerrando los ojos, y después se bajaba de la escalera, se ponía la mano derecha apretada sobre la garganta y lo miraba.

Cuántas horas pasé yo entre los santos, las ropas de altar y las flores. Allí en la sacristía me dijo un día la hermana Benjamina:

—Teresa, ¿por qué no te quedas con nosotras?

Pude quedarme. Pero algo, creía yo, distinto, me guardaba la vida. Algo me llamaba desde fuera, y no era más que mi destino que me esperaba.